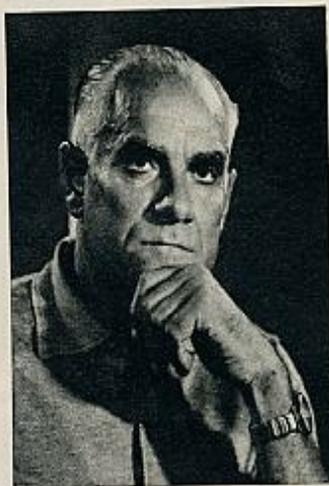


An aerial, high-angle photograph of a dense urban skyline, likely New York City, featuring numerous skyscrapers and buildings. The image is in black and white, with a dark, almost black background. The buildings are illuminated, creating strong highlights and deep shadows. The perspective is looking down from a high altitude, showing the intricate patterns of the city's architecture.

**LA
AMERICA
QUE
MATA**

NUEVA York.
Recurramos a una metáfora.
Henos aquí ante Manhattan.
Los rascacielos,
maravillosos ante la vista,
se proyectan hacia lo alto
y se diría que,
con velocidad creciente,
como cohetes luminosos
recubiertos de cemento blanco,
de acero gris
y de cristal reluciente.
Ascienden verticales
y vertiginosos,
no se acaban nunca, simplemente
se interrumpen
sin motivo alguno,
podrían ser mucho más altos,
podrían también, de hecho,
no acabarse nunca,
perdersen en el cielo.
No son las torres escalonadas,
babilónicas
de cincuenta años atrás,
hacen más bien pensar en una
selva de computadores
gigantescos o quizá
de cerebros mecánicos
asentados en un exiguo espacio,
y por ello obligados
a tener esa forma de
paralelepípedos titánicos apoyados
sobre el lado más pequeño.
Manhattan sería así
un haz de computadores
que piensan y deciden por los
Estados Unidos,
que es como decir por
el mundo entero.
Y de hecho, bien considerada



la cuestión,
el rascacielos tiene
mucho de cerebro electrónico.
Basados en la
repetición prácticamente
infinita de un solo elemento,
cada planta compuesta de
algunos apartamentos de
dos o tres habitaciones cada uno,
el rascacielos
de varias decenas de pisos
contiene centenares de celdillas,
más bien células,
como el cerebro.
¿Y cómo funciona este gran
cerebro vertical, colmena
repleta de habitáculos cúbicos?
Como cualquier cerebro:
esto es, recibiendo sangre
de su parte inferior,
es decir, de la tierra sobre la
cual se apoya la base.
Cada día, al igual que la sangre
aflye al cerebro,
de la ciudad,
de los suburbios,
de los centros limítrofes,
millones de personas
acuden a los rascacielos, y por
medio de los ascensores,
fulminantes y silenciosos,
ascienden
y se dispersan
por todos los habitáculos.
Cada noche la sangre,
quiero decir los hombres,
se van, y el cerebro, quiero
decir el rascacielos,
se apaga y se duerme.
Por lo demás,
una visita a los rascacielos
confirma la idea
del cerebro electrónico.
Los pasillos,
en cada planta, son simples
conductores cuadrados,
desnudos, desprovistos de todo
adorno, bien iluminados,
con puertas lisas y sin
rótulos escritos,
simplemente señaladas

por números.
Cada puerta da a un recibidor
con una o más secretarias
sentadas ante sus mesas.
Del recibidor se pasa al
despacho del "boss" o jefe, con
su mesa presidencial,
su ramo de flores marchito,
el retrato de su
mujer y de sus hijos, su carpeta,
sus teléfonos
y sus dictáfonos.
Como en un cerebro normalmente
funcionando,
todo se desarrolla con calma,
precisión y regularidad,
con timbrazos,
pasos apagados
sobre la moqueta áspera, voces
quedas, tecleo de
máquinas de escribir.
En los inmensos ventanales,
iluminados por las luces de la
ciudad veladas por el "smog",
se asoman
otros rascacielos,
otros cerebros superelevados.
Los rascacielos,
o sea, los cerebros de Manhattan,
contienen
millares y millares de células,
es decir, de
habitaciones, y en cada
habitación
hay hombres que toman
decisiones,
son los llamados "ejecutivos",
que piensan y deciden.
Se trata de operaciones
puramente mentales,
abstractas, cerebrales,
realizadas
con la ayuda de teléfonos,
de la radio,
de cablegramas, de
correspondencia y de otros
medios mecánicos
de comunicación.
¿Qué piensan
y deciden los "ejecutivos"?
¿Cuáles son las operaciones

→
POR ALBERTO MORAVIA

LA AMERICA QUE MATA





«La rebelión es vasta y múltiple. Es, sobre todo, generacional. Es la rebelión de la juventud contra los ancianos».



LA AMERICA QUE MATA

que llevan a cabo los rascacielos-cerebros? Dinero, siempre dinero, nada más que dinero. Y de hecho, sobre los rascacielos, sobre los cerebros, quiero decir, no hay rótulos de este tipo, por ejemplo: «El pueblo americano», «Los derechos del hombre», «La cultura», «Las artes», «La libertad», «La ciencia», como podría esperarse, después de todo, en un país oficialmente democrático como es América, sino nombres famosos, y ligeramente siniestros ahora, de sociedades financieras, de bancas, de grandes industrias automovilísticas, aeronáuticas, cinematográficas, electrónicas, químicas. Estos enormes y verticales cerebros de cemento, cristal y acero de Manhattan llevan a cabo cada día millones de operaciones que tienen un solo móvil: la ganancia.

Pero un cerebro, como ya hemos dicho, se nutre de sangre. La cual, de hecho, ascendiendo y difundiendo por las células, las riega, las vivifica, las excita, estimulando la imaginación, acelerando las operaciones, queriendo la imaginación, haciendo estallar las invenciones. Por la sangre llegan al cerebro la brillantez, rapidez, precisión, fuerza, generosidad, amplitud de miras, incisividad, agresividad. Ahora bien: en los millares y centenares de millares de células de los cerebros de Manhattan hoy reina la anemia. Los ejecutivos, las secretarías, los «boss», los capitanes de industria, los dirigentes, los jefes, en suma, del «business», es decir, la clase dirigente norteamericana en conjunto está afectada —y no solamente ahora— de ese proceso de esclerotización, de desvitalización, que en sentido sociológico se llama alienación y en sentido psicológico «desrealización».

la sangre se niega a subir a los cerebros

La sangre ya no sube al cerebro, o mejor dicho, sube en medida apenas suficiente para proseguir las operaciones normales, pero inadecuada para afrontar las situaciones excepcionales. Sí, el «business», no obstante

su inmensa potencia, está hoy desvitalizado, «desrealizado» y, en suma, amenazado en sus ramas sociales, culturales y políticas de parálisis y de impotencia.

¿Pero dónde está la sangre? La sangre discurre bajo tierra, por los escondrijos tenebrosos de los «subways», con sus trenes sórdidos atestados de masas urbanas. Los rascacielos-cerebros se elevan en el cielo luminoso, puro, espiritual del poder; la sangre popular que debería regarlos y vivificarlos, discurre, por el contrario, impura y negra, por las venas oscuras y subterráneas de la ciudad. Los rascacielos están quietos, como están quietos los cerebros electrónicos que no tienen necesidad de ver y tocar o, dicho de otro modo, de entrar en contacto con las cosas para calcularlas; los trenes del «subway», por el contrario, corren frenética y absurdamente en todos los sentidos repletos de gente, sin meta y, al igual que la sangre que discurre por las venas, si se detuviesen significaría la muerte. Entre las mentes dirigentes, esto es, entre los rascacielos y la sangre, es decir, los trenes del «subway», hubo en un tiempo una relación, por así decirlo, social-biológica. Era tácitamente aceptado que cierta parte de esa sangre popular, purificada y seleccionada a través de filtros culturales, racistas y sociológicos, subiese a regar las células cerebrales del poder. Pero, de algún tiempo a esta parte, los filtros se han atascado y ya no funcionan y, lo que es peor, la sangre rehúsa subir a los cerebros. Abandonando la metáfora, digamos que toda una parte de América se ha rebelado contra el sistema del «business» y contra los grupos calvinistas, blancos y nórdicos que lo dirigen. Y se ha rebelado precisamente a causa de dichos filtros; los cuales, a su vez, han hecho que los cerebros se volviesen cada vez más anémicos, cada vez más alienados, cada vez más abstractos.

La rebelión es vasta y múltiple. Es, sobre todo, generacional. Es la rebelión de la juventud contra los ancianos; es, además, social-económica: es la rebelión de los pobres contra los ricos; por último, es racial: es la rebelión de los negros contra los

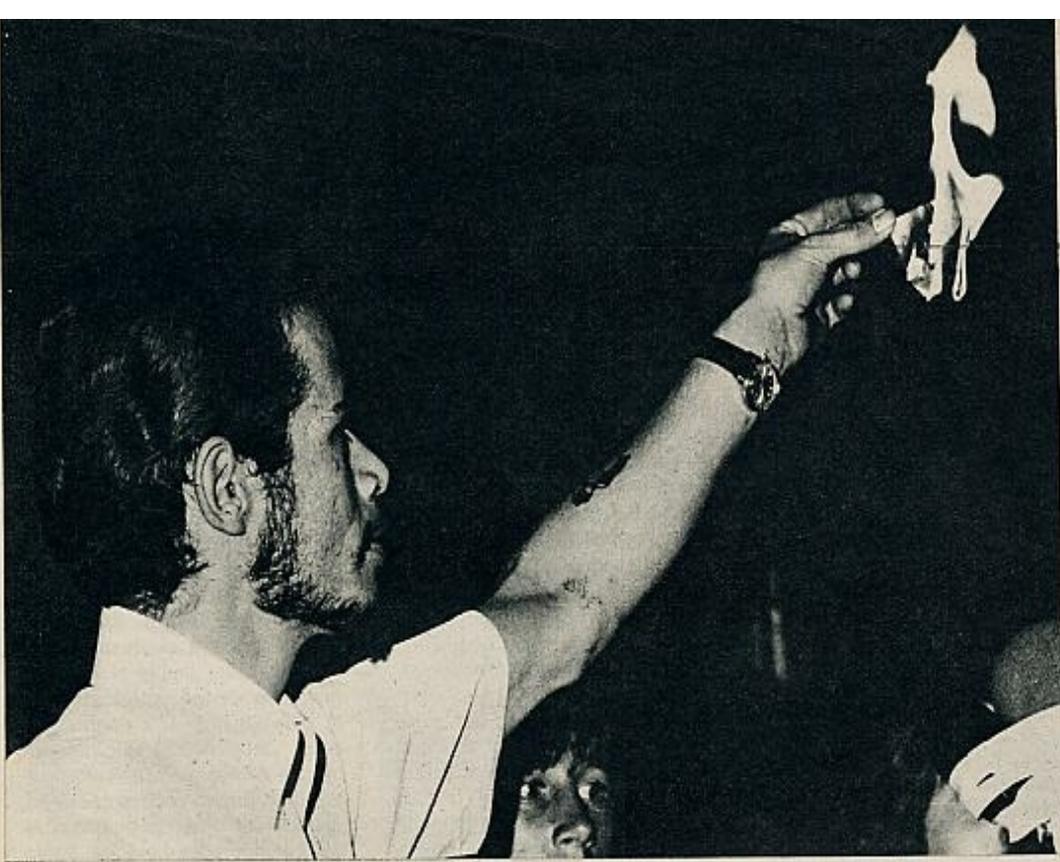
blancos. Pero al final será posible aislar tres grandes centros o grupos de rebelión: los hippies, los estudiantes, los negros.

tres tipos de oposición

Los primeros se oponen al sistema totalmente, pero sin ningún deseo de destruirlo ni de sustituirlo; los segundos lo repudian globalmente, pero con la intención, después de haberlo destruido, de sustituirlo con otro mejor; los terceros se oponen globalmente con el deseo ardiente de destruirlo y basta. Llegado a este punto, alguno querrá saber por qué y cuándo estos grupos se han rebelado tan decidida y radicalmente. La respuesta debe ser una sola, la más simple y la más directa: a partir y por causa de la guerra de Vietnam. Y no solamente porque la guerra de Vietnam es la aventura desgraciada y peligrosa de una sociedad, por otra parte sólida y positiva, sino porque es la inmediata y directa expresión del proceso de «desrealización», alienación, esclerosis y anemia que, desde hace algún tiempo, ha atacado a los grupos dirigentes americanos, es decir, a los cerebros electrónicos del «business» de Manhattan. Hay una relación elocuente y obvia entre la derrota de la máquina de guerra creada a imagen y semejanza del «business» (es decir, según criterios mecánicos y de utilidad) por obra de un pequeño pueblo subdesarrollado y de «color», y la negativa de la sangre juvenil, negra y no negra, a afluir a los cerebros del «business» y regarla, volviendo a darle fuerza y creatividad. Cada negro, cada estudiante, cada hippy, por el hecho de haber opuesto esta negativa a las seducciones del poder, se ha sentido confortado por las victorias del Vietcong, es más, se ha sentido Vietcong, o sea, ha individualizado por primera vez América como un posible Vietnam, en el cual, por una parte, existirían las mentes alienadas del «business», con sus riquezas y sus medios represivos, y, por otra, ricas de sangre, pero no de dinero, la juventud y las razas de color. La guerra se convertía así en oposición, des-

obediencia, rebelión, revolución. Crear «Vietnams» dentro de los Estados Unidos ya no sería un slogan pintoresco; se convierte en una posibilidad psicológica y práctica.

Pero la rebelión, como se ha indicado, es tricúspide, es decir, consta de tres elementos principales: los hippies, los estudiantes y los negros. Comenzando por los hippies, aconsejo poner al hippy junto al ejecutivo y apreciar su contraste total y su radical paradoja. Hablando en términos culturales, el ejecutivo es dórico y el hippy es micénico. El primero adopta la línea recta, los ángulos agudos, la estilización geométrica; nuca afeitada, trajes planchados, porte vertical y rígido. Los caracteres culturales son análogos: calvinismo, racismo, nordismo, funcionalidad, racionalidad, simplificación. Probablemente rubio con los ojos celestes, de todas formas idealmente arlano, aunque sea moreno y pequeño. El hippy, por el contrario, es micénico, como ya hemos dicho. Todo en él es redondeado, rizado, desganado, privado de ángulos agudos, de líneas rectas: vestidos flojos y caídos, barba, bigotes y cabellos profijos, camisas decoradas con flores y motivos ornamentales precolombinos o indios, flores, collares, brazaletes, anillos, zamarras, capotes, ponchos peruanos y mejicanos, andrajos, andrajos y más andrajos. Rubio y con los ojos celestes también él, esto sí, pero no como los SS de Hitler, sino como Jesús y los personajes de los cuadros de Dante Gabriel Rossetti. El hippy es la paradoja del ejecutivo; y el ejecutivo es la paradoja del hippy. Casi todos los hippies provienen de las clases altas y medias, y, a menudo, tienen cuentas corrientes en los bancos o asignaciones mensuales paternas; pero su meta es la pobreza. A la concepción del mundo de los ejecutivos, calvinista, basada en las cualidades demostradas por el éxito y la riqueza, los hippies contraponen una visión del mundo en la cual entran varios ingredientes, pero todos de extracción análoga: prácticas místicas Zen, franciscanismo, comunitarismo, yoga, naturismo, cultos fálicos, vagabundismo miserable, asociabilidad beat, promiscuidad sexual, a lo Wilhelm Reich y, sobre todo, droga.



«Al final será posible aislar tres grandes centros de rebelión: los hippies, los estudiantes, los negros». En la foto, un joven quemando su cartilla militar.

La base de la concepción de la vida hippy es la droga, porque el hippy rechaza no solamente la sociedad, sino también la realidad. El soma, hierba alucinógena del Himalaya en los tiempos de los míticos invasores arios de la India, era también un dios; como el peyotl mejicano que todavía utilizan los indios. El LSD no es un dios para los hippies, pero lleva a cabo las mismísimas funciones del soma y del peyotl: hace viajar, como ellos dicen, es decir, proyecta místicamente fuera de la susodicha realidad a una suprarrealidad entre fisiológica y espiritual. ¿Por qué decimos que la droga es la base de la concepción de la vida hippy? Porque es la contrapartida, a su modo positiva, de un modo de vida que según las reglas del ejecutivo americano no puede ser definido más que como suicida. Amontonados en pequeñas comunidades, en los llamados «pab», o sea, escuálidos apartamentos ruinosos y sin muebles, o bien en cavernosas habitaciones semienterradas, en un desorden no pocas veces rayano en la porquería, con heces, orina, papelotes y detritus diversos incrustados en los pavimentos, los hippies ponen en común, inexorable, dulce y coherentemente, cual-

quier cosa: sexo, alimentos, sueño, propiedad, dinero. Se hace el amor, se duerme, se come, se bebe, se desvisten y se lavan todos juntos y en presencia de todos. Los hippies, que son todos melómanos, escuchan músicas interminables de instrumentos exóticos (generalmente guitarras sudamericanas o asiáticas). Hacen el amor, toman marihuana y LSD o bien no hacen absolutamente nada. Los niños y los perros (los hippies son muy prolíficos y gustan convivir con un tropel de canes bastardos) que hormiguean en los «pad», asisten indiferentes e ignorantes a los coitos y a los «viajes», es decir, a las reuniones psicodélicas. El sexo, según las más antiguas teorías indias, conduce igualmente a estados místicos bien siendo totalmente reprimido y sublimado, o, por el contrario, practicado con frenesí: los hippies, bajo la influencia de Reik y de otros psifreudianos, se inclinan por la segunda alternativa. Vistos desde fuera, con los ojos de los turlistas que acuden en manada conducidos por las agencias de viaje a los barrios y calles donde viven, los hippies aparecen como una masa variopinta, amable, sucia, remendada, barbuda, melenuda, florida, afable y gentil.

la universidad según clark kerr

Son todos jóvenes, jovencísimos, y al final es preciso reconocer que si no son precisamente alegres, se muestran serenos y hasta dichosos aunque sea de una manera curiosamente exaltada. Tienen una palabra (los hippies como todas las sociedades, por así decirlo, antisociales, tienen su jerga particular) que designa su estado de fermentación disipada y drogada: «groovy». Todo lo que es bueno, amable, positivo, alegre, excitante, embriagante, etc., etc., es «groovy». Toda experiencia tomada por su lado bueno, es decir, a la manera hippy, es «groovy». Por ejemplo, una muchacha caminando descanza sobre una acera de San Francisco pisa un excremento de perro. Pues bien, es necesario superar el asco, frotar ligeramente el pie contra el canto de la acera para quitar lo más sólido y después, indiferentes y alegres, irse con el pie sucio de excremento: todo esto es «groovy», es decir, positivo, en manera mística y amorosa, sin diáfragmas ni prejuicios, ni impedimentos racionales, educativos, morales, conformísticos y sociales. Se comprende que este modo de vida, entre indio y medieval, conduzca a las enferme-

dades y, en general, a la pérdida de la salud. Los hippies suelen estar a menudo afectados de enfermedades venéreas, de tuberculosis, de enfermedades de desnutrición, de la piel, de parásitos y muchas más cosas. Pero para concluir provisionalmente con los hippies, digamos que su rebelión es, sobre todo, cultural, sin quebrantamientos sociales o políticos. O, si se prefiere, antes que cultural, religiosa, como se desprende del alogan de los hippies «Turn off, turn on, drop out» (Desinterésate de la realidad; vuévete consciente; abandona lo social).

La rebelión de los estudiantes es, por el contrario, social y política, y si bien no es posible trazar una línea decidida de demarcación entre los «pad» y los «campus», porque sus habitantes pertenecen ambos a la misma juventud, es preciso decir que los estudiantes rechazan la sociedad de un modo totalmente distinto a los hippies. Desde luego, nada de drogas ni promiscuidad sexual, ni suciedad, ni misticismo. En términos generales, la rebelión de los estudiantes americanos contra el «establishment» no es, después de todo, muy distinta a la de los estudiantes europeos. Aquí, como en Europa, los estudiantes se rebelan contra la civilización del consumo, contra el sistema del rendimiento, contra el condicionamiento del individuo a favor de la utilidad, contra las discriminaciones raciales, sociales y patrimoniales. Pero el «establishment» americano es distinto del europeo y por ello también la rebelión asume caracteres diversos. Mientras que los porrazos inferidos por los policías y las lunas rotas por los estudiantes son idénticos en América y en Europa, los policías defienden en América algo que en Europa no hay, o no existe todavía: la Universidad transformada en una fábrica de hombres en serie para servir al «establishment» en sus altos y bajos servicios. Bastará citar a este propósito, del excelente libro de Hal Draper sobre la rebelión de Berkeley, algunos párrafos significativos que hacen referencia a Clark Kerr, presidente de la Universidad de California, y a un libro suyo titulado «The uses of the University». Según Kerr, «La Universidad es una institu-

LA AMÉRICA QUE MATA

ción que en un futuro será siempre menos distinguible de otras empresas económicas de nuestra sociedad industrial». Prosigue Kerr: «La producción, la distribución y el consumo del "conocimiento" ("knowledge"), en todas sus formas, representa, a grosso modo, alrededor del veintinueve por ciento del producto nacional. La producción cultural está creciendo con un ritmo dos veces más rápido que todo el resto de la economía... lo que los ferrocarriles llevaron a cabo en la segunda mitad del ochocientos y los automóviles en la primera mitad del novecientos, será probablemente realizado en la segunda mitad de este siglo por la industria cultural ("knowledge industry")». Finalmente, Kerr añade: «Las Universidades y las industrias se van semejando cada día más las unas a las otras. A medida que las Universidades estrechan sus ligámenes con el mundo industrial, los profesores adquieren cada vez más las características de emprendedores... Los dos mundos se confunden física y psicológicamente». En suma, las Universidades, según Kerr, no serán más que apéndices, por así decirlo, culturales de las grandes corporaciones industriales que fabrican armas y contratan científicos para el ejército y se encargan de suministrar al mercado los más variados productos.

Consecuencia lógica de ello es que las industrias y, por tanto, el Estado americano (según la famosa frase de un ministro de Defensa: «Lo que es bueno para las Grandes Corporaciones es bueno para el Estado»), tienden a considerar las Universidades como verdaderas fábricas culturales en las cuales, en vez de ejecutivos, espías o soldados «antiguerrillas», se forjan hombres de cultura «útiles». Por ello se comprende que las industrias y el Estado controlen las Universidades a través de ingentes financiamentos que determinan y limitan automáticamente las directrices. En conclusión: «el uso de la Universidad... está en relación con la actual estructura del poder, y, en una sociedad de negocios ("business") como la nuestra, la Universidad tiene que ser igual a cualquier otra empresa industrial. Existen los ferrocarriles, las acerías, las industrias de salazón..., y existen también las fábricas de conocimien-

to ("knowledge"), cuyas funciones son las de estar al servicio de las demás empresas y del Estado.

el ojo del tifón neocapitalista

La lucha de los estudiantes contra este totalitarismo neocapitalista e industrial es encarnizada, y, a mi entender, más consciente y más adoctrinada que la análoga lucha de los estudiantes en Europa. Pero es necesario añadir que, como también en el resto de los otros campos, todo es más claro, más tajante, más esquemático, más dividido en blanco y negro en América que en Europa. Y esto sucede por dos motivos: el primero es que en Europa lo viejo está mezclado con lo nuevo, mientras que en América no existe más que lo nuevo, aunque si bien se trata del horrible nuevo que hemos citado anteriormente; en segundo lugar, porque América hoy es el centro del mundo occidental, el ojo del tifón neocapitalista. Esto explica, por ejemplo, por qué los comportamientos anticulturales de los estudiantes italianos sean desconocidos entre los estudiantes de América. En conclusión, bien que se declaren maoístas, castristas, marcusianos o marxistas, o sean simplemente hombres de buena voluntad, desearían una Universidad cuyo fin fuese la liberación y la formación del hombre y no el servicio a monstruosos fetiches, tales como el poder, la utilidad, el rendimiento, la producción y el consumo. Su violenta y racional rebelión no puede traspasar los límites del «campus» por causa, precisamente, de las múltiples relaciones financieras que existen entre las Universidades, las industrias y el Estado. De ahí, como inevitable consecuencia, la petición de una radical reforma de la sociedad americana.

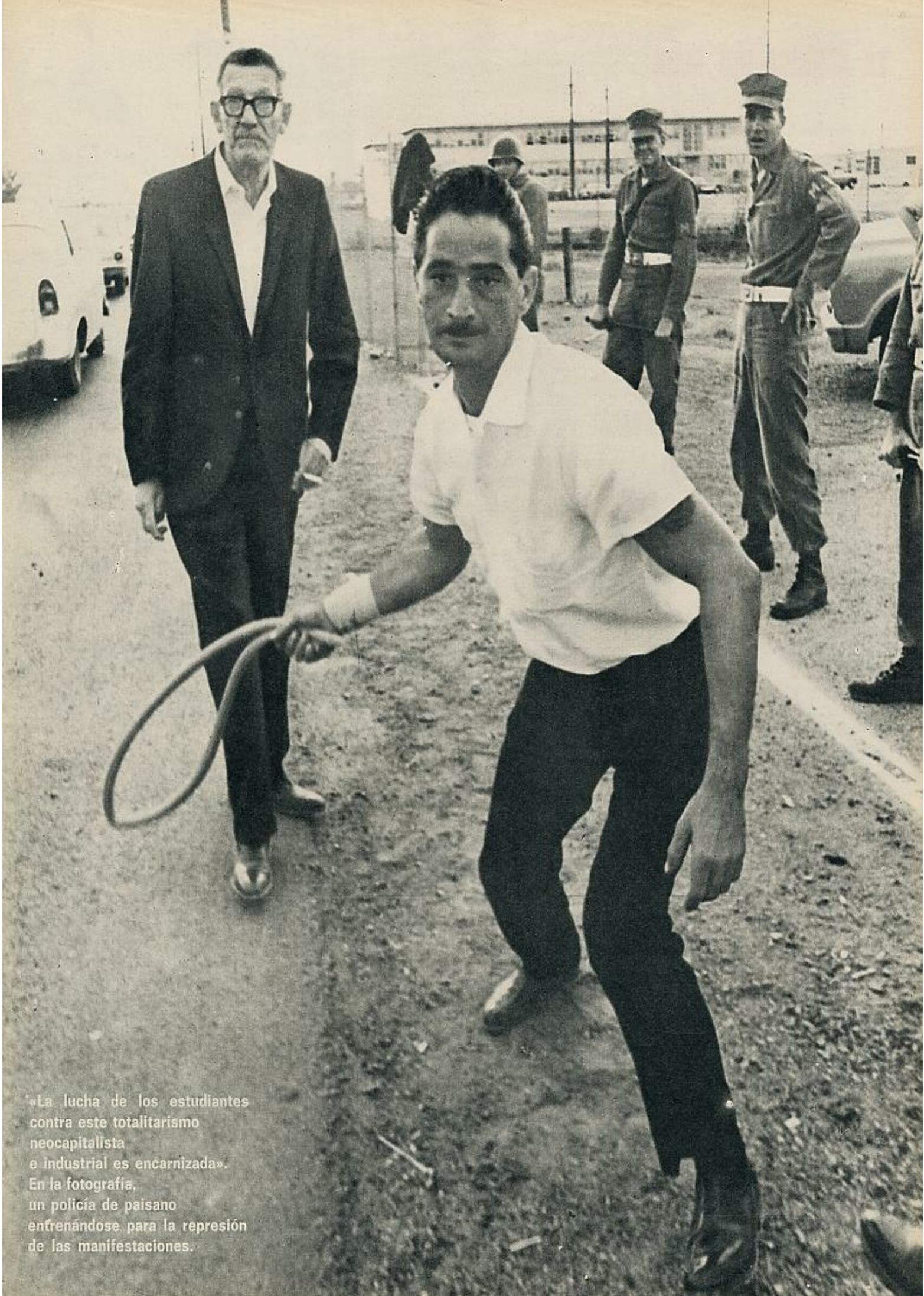
Y ahora los negros. Estos no quieren reformas de la sociedad, no quieren oponerse, no quieren revolucionarla; quieren simplemente destruirla, aunque sea a costa de perecer ellos mismos bajo los escombros. Hablo aquí del ala más extrema del movimiento negro, porque hablando

de la rebelión contra el sistema es ésta en el fondo la más significativa. Aparte de esta ala extrema están, naturalmente, los grupos burgueses negros, más o menos integrados, los líderes negros y sus seguidores que desearían una integración pacífica (irónicamente apodados por los extremistas: «tíos Tom») y, finalmente, las masas negras pasivas y amorfas, urbanas y campesinas, al Norte y al Sur. Pero los extremistas del movimiento negro son unos racistas desesperados y decididos a un género de lucha despiadada, que equivale, prácticamente, a un suicidio colectivo. Son unos «kamikaze» que aceptan voluntariamente su muerte con tal de llevar la muerte a los blancos. Resulta difícil dar una idea del odio de estos grupos de negros extremistas contra los blancos racistas alienados, de los cuales está en gran parte compuesta la clase media americana. Este odio, como ha sucedido, se ha inflamado de improviso justo en el momento en que los negros han ganado su primera batalla con los derechos civiles. Ha ocurrido todo en un momento, como si cuatrocientos años de esclavitud, de opresión, de humillaciones y de complejo de inferioridad se hubiesen revelado fulminantemente en la conciencia negra, provocando, por la misma instantaneidad de la revelación, no ya la reflexión moral y el cálculo político, sino más bien un ardiente deseo de venganza. Se habla de resarcimiento por los daños sufridos en cuatrocientos años de explotación económica. Se invocan acciones armadas del tipo de la guerrilla sudamericana y asiática para llevarla a cabo en la ciudad. Se prepara, por lo que parece, no solamente para incendiar sin ningún orden las casas, sino para hacer saltar por los aires, incendiar y destruir, según meditados programas terroristas, centrales eléctricas, fábricas, oficinas, ferrocarriles, aeropuertos, etc., etc. Los negros, por pura casualidad (un poco como los estudiantes), han descubierto la violencia como medio de presión política y social.

Digo por casualidad; añado que nada es casual y que esta violencia aparentemente casual constituye una respuesta de efecto retardado a cuatrocientos

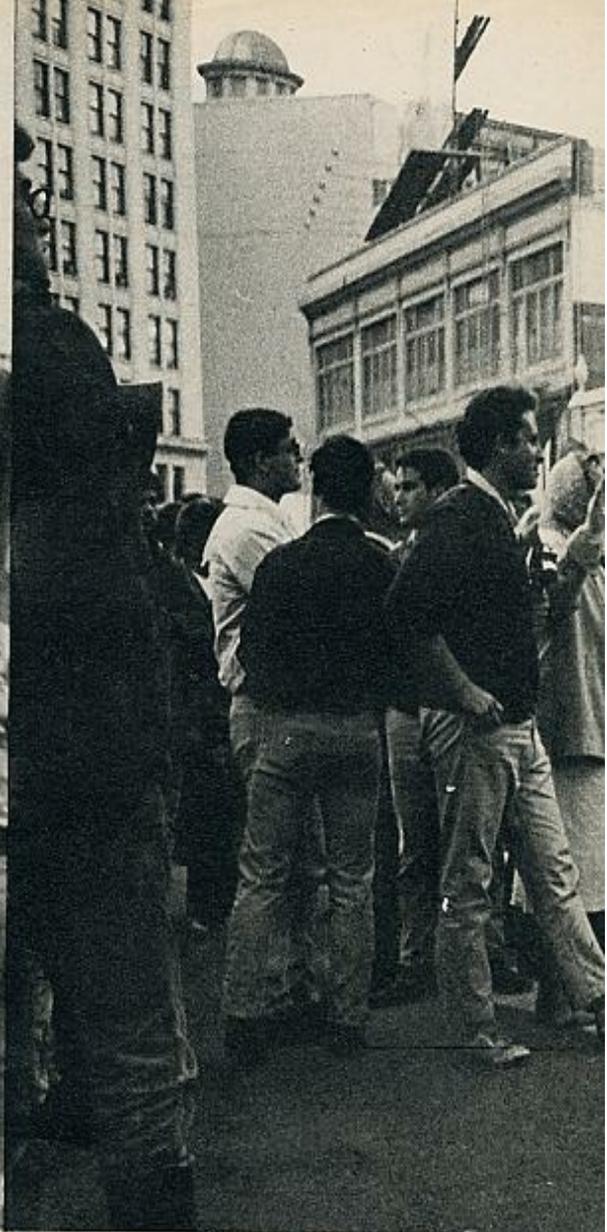
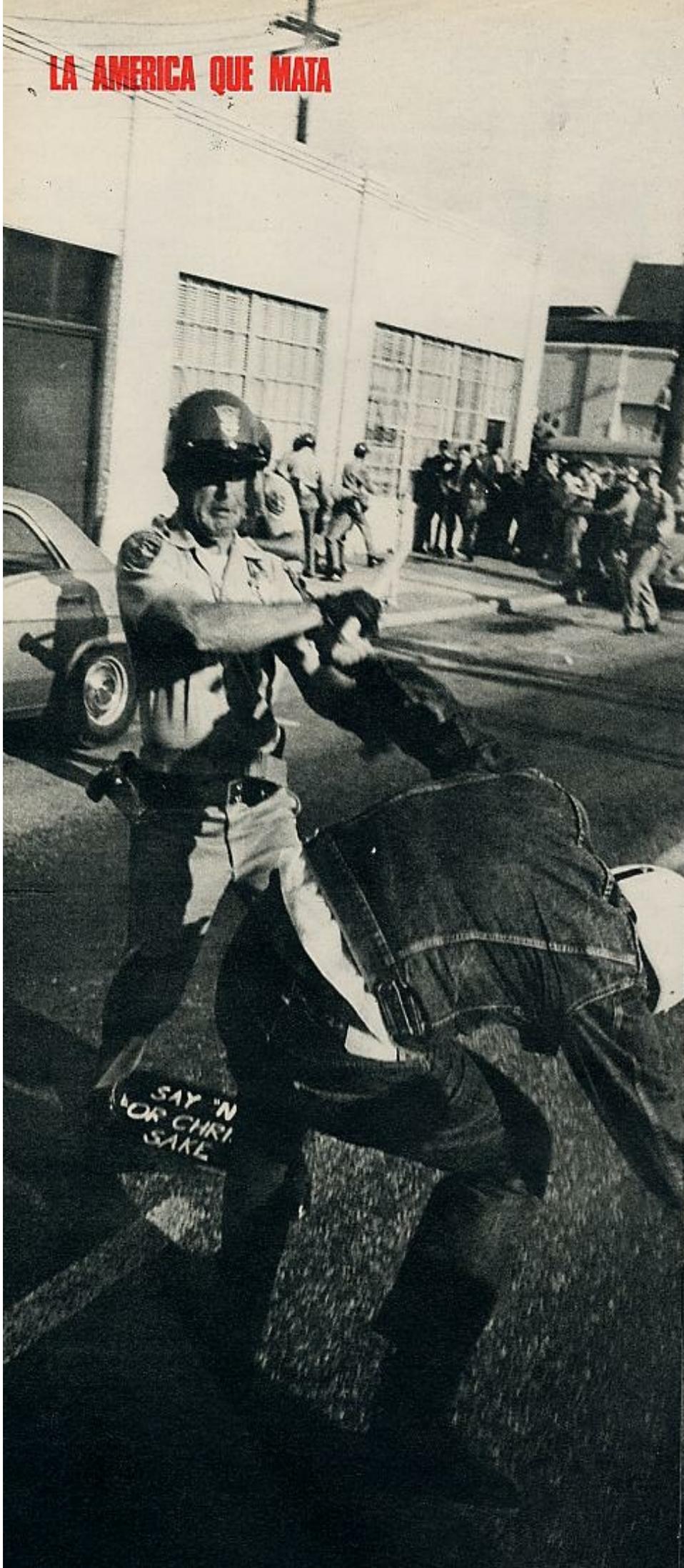
años de violencia racista blanca. De cualquier modo, los negros han descubierto la violencia quemando barrios enteros de ciudades americanas. Lo han descubierto y quieren aplicarla científicamente, sistemáticamente, racionalmente. ¿Por qué los negros desean destruir América y con América a sí mismos? Es algo que está ligado al racismo incurable de los americanos de la clase media. Los negros, en otras palabras, hablo naturalmente de los negros extremistas, «no tienen esperanzas». No esperan ni obtener puestos, ni ser considerados hombres como los demás, ni obtener la parte de poder a la cual tienen derecho como todos los demás grupos étnicos, ni, en fin —quizá no sea ésta la cosa peor pero sí la más íntimamente sentida—, poder confundirse con los blancos por medio de los matrimonios mixtos. El negro extremista se ve a sí mismo como un desesperado absoluto que no tiene nada que perder y cuya sola ganancia puede ser la destrucción del adversario. Ciertos slogans siniestros (los incendios en las ciudades americanas han sido provocados al grito de «burn, baby burn»), ciertas frases como: «Take your dirty white hand away from me» (1), dicha por un pequeño negro a una maestra blanca que le había cogido la mano), dan la medida del odio negro hacia los blancos. Este odio se desfogará, quizá, este mismo verano en una tentativa de guerra civil. Mientras tanto, se expresa en una testaruda y voluntaria separación. Es más fácil acercarse a hombres importantes del «establishment» blanco, y de hecho ser recibido por el Presidente de los Estados Unidos, que obtener una cita con los líderes negros tales como Carmichael, Leroy, Jones o Rap Brown. La separación es racista, si bien por retorsión. Recuerda la separación también racista de las castas en la India. Pero aquí no es inmóvil y, por así decirlo, eterna como en la India. Parece, por el contrario, preludiar la rebelión armada amenazadora y temida de este verano. ■ ALBERTO MORAVIA. (Traducción de Alonso Ibarrola.) © L'ESPRESSO-TRIUNFO. Fotos: GLOBE PHOTOS-MONDIAL PRESS.

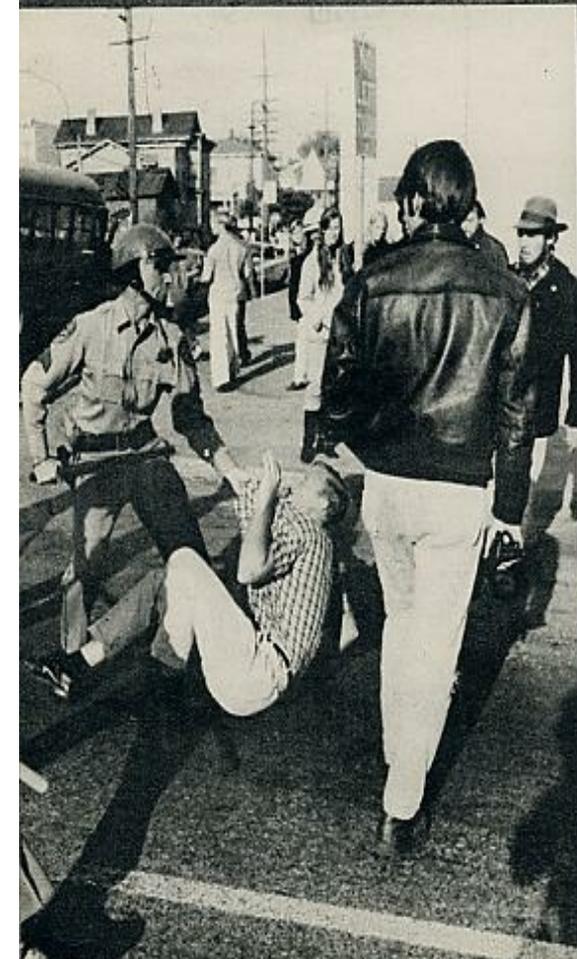
(1) «Aparte su sucia mano de mí».



«La lucha de los estudiantes
contra este totalitarismo
neocapitalista
e industrial es encarnizada».
En la fotografía,
un policía de paisano
entrenándose para la represión
de las manifestaciones.

LA AMERICA QUE MATA





«Los estudiantes repudian globalmente el sistema, con la intención, después de haberlo destruido, de sustituirlo con otro mejor». En las fotografías, diversas escenas de las manifestaciones estudiantiles.

EN EL
PROXIMO NUMERO:

**EL
PAIS
DEL
MIEDO**

